La condesa de Pardo Bazán

Intimidades de una mujer ilustre.—Cómo escribe doña Emilia.—«Dulce dueño», juzgado por su autora.—Doña Emilia, profesora.

Encontré á la ilustre condesa de Pardo Bazán en su amplio despacho, frente á la gran mesa de trabajo, conversando con dos periodistas, con los cuales acababa de celebrar una «interview».

Confieso que por primera vez, en mi vida de periodista, me encontré perplejo. ¿Cómo someter á una dama á las torturas de una nueva interrogación? Escuchaba la voz animada, fresca y simpática de doña Emilia; contemplaba el sobrio decorado del despacho, los muebles severos, los tapices, las vitrinas, llenas de ricas porcelanas y joyas... y, en los grandes lienzos, las encantadoras imágenes juveniles de las hijas de la escritora, poniendo una nota de dulce feminilidad cerca de la mujer de ciencia... La figura de doña Emilia no podía caber, con sus diversos aspectos, en el estrecho marco de un artículo.

Esa mujer superior, de talento positivo, que supo en época hostil á la educación femenina demostrar su valer y su esfuerzo; esa polígrafa ilustre, honra de nuestro sexo, necesitaría un libro voluminoso, hecho por persona que pudiese penetrar bien en su alma. Los datos corrientes de su biografía son harto conocidos para repetirlos de nuevo. ¿Quién no conoce y admira á «la Pardo Bazán»?

La exquisita amabilidad de la autora de «La vida de San Francisco» vino á sacarme de mi apuro. Doña Emilia conversaba en intimidad, con sencillez, olvidando su personalidad de autora y la mía de periodista, que, aun sin darse cuenta, procura siempre penetrar en lo recóndito, en lo íntimo, en lo personal.

Empezamos á hablar de sus proyectos. La condesa prepara un tomo sobre la literatura francesa, continuación del concienzudo estudio que recientemente publicó. Lo intitulará «La transición» (del romanticismo al naturalismo). Al mismo tiempo, continúa tomando datos y apuntes para la obra histórica en que pretende poner todo su espíritu, su talento y su amor. Doña Emilia ama la hermosa figura de esos aventureros extremeños, conquistadores, que encarnaban el alma potente de la gloriosa España de Carlos V, y cuyo esfuerzo preparó el refugio de la triste España de nuestros días.

Amor de mujer á la fuerza, amor de artista á la epopeya, amor de española á la grandeza caída enardecen el corazón de la escritora para su obra sobre «Hernán Cortés». Hace ocho años que investiga sobre la vida y los hechos del valiente extremeño, que lee y contempla su figura. Fácilmente se comprende cómo el objeto animado toma relieve, y lo que puede ser éste en un cerebro como el de la señora Pardo Bazán.

Y sin perjuicio de esta obra de amor, que acaricia en su lentitud, la condesa se ocupa en novelas, en otros estudios. Pienso en su activa vida social y su fecundidad me maravilla.

—¿A qué hora trabaja usted?

—Sólo por la mañana; desde que me levanto hasta la hora de comer.

—¿Madruga usted?

—No, soy muy dormilona. Ayer, por ejemplo, estuve en la embajada de Alemania y me acosté á las dos, me he levantado á las once. He trabajado de once á dos. Como tarde. Después, ya no me ocupo más de literatura, excepto si tengo algún encargo de prisa, algún artículo. Escribo en máquina. Mi letra se iba haciendo tan pequeña, que á mí misma me costaba trabajo entenderla; no veía de relieve mi pensamiento. Al principio, me costó trabajo; pero ahora es como en los tiempos en que tocaba el piano. Cometo muchas faltas; pero como no se exige la pulcritud en las cuartillas, no me importa. Por la tarde, leo; pero no escribo. Creo que el cerebro está preparado para el trabajo por el reposo del sueño, y cuando se ha obtenido su fruto debe dejársele descansar.

—¿Le gusta la vida de sociedad?

—Mucho; encuentro en ella un ambiente cordial que me distrae. Pero me lleva mucho tiempo. No sé si algún día haré quiebra de dinero. Ya he hecho quiebra de tiempo. Tengo además un vicio—añade sonriendo—. El vicio del tresillo... Me gusta mucho... Al revés que al pobre Costa... No exige esfuerzo mental y se pasa el rato muy agradable.

—¿Y los «sports»?

—Me agradan... Mi gran pasión ha sido montar á caballo. Desde que nació mi hijo Jaime, dejó de ser amazona. Ahora apenas paseo. Me recomiendan el aire libre; pero, dígame usted, ¿dónde se puede pasear en Madrid? El verano me desquito, en mi castillo de las Torres ó en mis viajes al extranjero... Los quehaceres de la casa me agradan mucho... Dejo á veces los libros y los trabajos para dirigir cualquier operación doméstica, y gozo en ella... Me gusta hasta la cocina... ¿Es raro, verdad, teniendo tanta afición á los libros?

Me sonrío viendo á la ilustre sabia pagar tributo á la herencia que durante tantos siglos nos ha legado nuestro sexo; y observo que nada raro ni extraordinario puedo contar á los lectores de esta mujer tan admirablemente equilibrada. Ni extravagancias á l o Jean Lorrain, ni procacidades á lo Collete, ni nerviosismos y neurastenias modernistas, ni bohemia alquitarada y perversiones cerebrales. Es una personalidad firme, una afirmación amplia.

—¿No tiene usted ningún capricho, ningún padecimiento?

Ríe francamente, adivinando mi pensamiento.

—No; soy completamente sana. Es decir... soy artrítica, eso sí. Duermo y como, generalmente, muy bien; menos de lo que tengo gana, porque gozo de excelente apetito.

—¿Y el tocador?

Hace un gesto de desdén.

—Me preocupa poco; sólo lo necesario para la limpieza y la higiene. Procuro vestirme á la moda. Pero no le doy una importancia excepcional.

—¿Ha tardado mucho en escribir «Dulce dueño»?

—Más de un año; pero no he trabajado seguido. Hacia la mitad, el tipo de la protagonista me inquietaba... No sabía qué giro darle... Tuve necesidad de suspender la labor. Esto me sucede frecuentemente en la novela. Se empieza con una idea, y hacia la mitad cambia ó se afirma. Es necesario pensarlo.

—La psicología de la protagonista es muy extraña...

—En efecto. Yo no he conocido ninguna mujer que se le parezca. He querido presentar el estudio de un carácter que se desenvuelve sometido á ciertas condiciones de soledad, de desamparo, de injusticia...

—Esta novela se aparta por completo de la «manera de hacer» de la autora de los «Pazos».

—Es otra cosa; el gusto cambia, las ideas evolucionan; hoy, ya no resistimos aquellas descripciones largas y minuciosas de Zola. Nuestras novelas son más psicológicas, más exquisitas, más internas y hasta diré más difíciles de hacer, porque antes bastaba apoderarse de un hecho real; hoy, hay que crearlo. Parecen verdaderos poemas.

—Usted evoluciona con el gusto.

—Naturalmente. ¿Cómo sustraernos al ambiente en que vivimos? ¿Por qué encastillarse en moldes antiguos, sin aceptar la belleza de toda innovación? Este neo-idealismo con base realista, me encanta; y me gusta cambiar de género, escribir cosas distintas; así se descansa más; parece que el espíritu no se fatiga tanto con la variedad de trabajos.

—¿Y el teatro?

—Me gusta menos... para hacerlo yo... El teatro de los otros me encanta.

—¿Qué prefiere?

—El drama serio.

—¿Teatro alemán?

—Sí, me gusta mucho Ibsen; y también D'Annunzio en algunas obras.

—Lina, de «Dulce dueño», es algo ibseniana.

—Tiene un espíritu complicado, pero á la española, y un alma enferma, ulcerada. Fíjese usted que lo que condiciona á mi heroína son los años de soledad pasados en Alcalá de Henares, la injusticia que se comete con ella queriendo recluirla en un convento por el delito de ser hija natural, para que nunca pueda molestar al hijo legítimo; que sus padres le niegan el amor; que sólo á la casualidad debe el triunfo. Por eso es algo perversa... caprichosa... neurótica.

—Sin embargo, maestra, es rara esa repugnancia á la carne y al amor.

—No lo niego; hay algo de desequilibrio; pero, en lo místico del fondo de su pensamiento, se explica su sentir. Está influída por la leyenda de Santa Catalina de Alejandría, su patrona.

—Divina leyenda ha glosado usted; recuerda, en la galanura, á Taix, de Anatolio France, y á veces su ironía, cuando habla el viejo volteriano. Aquella escena de leer la vida de la santa á la protagonista es sublime.

—Es el hombre que narra escuetamente, el volteriano que comenta, y la joven romántica, en cuyo corazón arraiga aquel ensueño de ideal.

—Es maravillosa la aspiración á la belleza. Aquellas frases del primer capítulo: «¿Dónde encontrar esa suprema belleza de la forma, que, según Ploti, no trasciende á la esencia? ¡Oh, belleza! ¡Revélate á mí! ¡Déjame conocerte, adorarte y derretir en tu llama hasta el tuétano de mis huesos!», valen por todo un libro.

—Mi protagonista tiene ese mismo anhelo de belleza y de ideal, esa aspiración al martirio. Pero los diferentes medios en que se desarrollan las dos mujeres, las distintas épocas, marcan las diferencias. Hoy no hay mártires de sangre.

—Sí, Lina es un alma sentimental. ¿Quién no ha amado así al novio ideal? ¿Al misterioso héroe wagneriano?

—Pues esta novela—respondió la escritora, velando á la mujer—viene «de fuera». La concebí en un viaje á Alcalá, ante aquel silencio augusto que la envuelve. «Qué ambiente para una novela de vida interior», me dije, y así nació mi libro. Además, yo amo mucho la figura de Santa Catalina. En las Torres la tengo esculpida en piedra, con su tocado bizantino.

—¡Cómo que es la santa más pagana de la cristiandad!—digo, y luego añado:

—Algo fuerte es la escena en que se hace pisotear Lina por la prostituta.

—Está arrepentida de haber pecado, de haber causado una muerte, y busca el martirio por medio de la penitencia. No olvide usted la encarnación que hay en ella de la hija de Costo.

—La maestría de usted al terminar la novela es soberana. No acaba nada. Todos los personajes quedan frente á la vida. ¿Qué hará Lina?

—Sin duda, algo grande. La crisis se ha producido ya en su alma; es una redimida, una arrepentida. Se ha salvado.

—En esta novela, cambia usted también su acostumbrado clasicismo de lenguaje. Admite los nuevos giros, las nuevas palabras.

—¿Por qué no? Las ideas varían, y las palabras, que son su signo, han de variar también.

—Indudablemente.

Después, la conversación deriva sobre asuntos de actualidad. Viajes de conferencistas á América, donde reclaman el concurso de la ilustre escritora. Insensiblemente, hablamos del feminismo y de la Instrucción pública.

Descubro un aspecto nuevo en la condesa: el de profesora.

Entusiasta de la cultura de la mujer, partidaria de que se le concedan todos sus derechos y convencida de que éstos han de ser los hombres los que nos los han de otorgar, elogia calurosamente el rasgo del insigne Julio Burell, que abrió las puertas de los empleos administrativos y las cátedras, en su ramo, á las mujeres.

—Nada le debo personalmente—dice—; pero por eso le estaré siempre agradecida.

Y hablamos de la Escuela del Hogar.

—Me gustaría más que se llamase de menage—dice—, como en el extranjero.

Recordamos viajes y hablamos de la vasta organización de esta clase de escuelas, casi desconocidas en España. Doña Emilia se muestra interesadísima por lo que á la enseñanza se refiere; su alto criterio conoce que de ella ha de venir la salvación del pueblo.

—No estoy bien enterada de estas cosas—dice con modestia encantadora—, quiero aprender. Debo el ser consejero á la generosa iniciativa del conde de Romanones, y hasta que me imponga bien de todo no empezaré mi labor. Lo he tomado con entusiasmo. Soy juez de un tribunal de oposiciones para maestras, y ni falto á él ni á las sesiones del Consejo. Quiero trabajar. No me impulsa la vanidad, sino el deseo de hacer bien.

Entonces yo le hablo de los males de nuestra enseñanza, del continuo tejer y destejer de gobernantes, que no tienen tiempo ni de enterarse de las necesidades ni de implantar reformas. Le hablo de la labor personal. De los males y la insuficiencia en nuestras escuelas, que por experiencia conozco. La condesa me oye con pena y guarda silencio.

Le pregunto si tiene la gran cruz de Alfonso XII.

—No—me dice.—Tengo únicamente la de Puente Sampayo por méritos de mi abuelo, y la de «Pro Ecclesia», pontificia; pero ninguna española por méritos míos.

—Pocos la merecen como usted—le digo con sinceridad.

—Preferiría una cátedra—me contesta con noble franqueza.—Los honores no valen lo que el trabajo. Me han prometido una cátedra en la Universidad... La Prensa ha hablado algo de esto.

¿Que no tiene título? ¡Qué absurdo!

Si éstos sirven para mostrar suficiencia, más probada la tiene la ilustre escritora que muchas que, después de una oposición, hecha no sabemos cómo, confunden la preposición «cabe» con el verbo, ú otras que aseguran imperturbables á las alumnas que «Tetrarquía» significa «gobierno de tres». ¡Así va todo!

—Desearía enseñar la materia que conozco—me repite.

Veo que es sincera. ¿Qué puede añadir á su gloria y á su posición la cátedra, que tantos sinsabores nos proporciona? Pienso que tal vez hay de su alma más de lo que ella piensa en «Dulce dueño». Recuerdo los versos de Marquina cuando habla de «Grana» en «Vendimión»:

Hay en ella

«Una vena
de cándida nazarena,
que está pidiendo prodigios.»

Creo que esa vena sangra en toda alma de mujer superior.

No me queda tiempo de investigarlo.

Antonio de Hoyos, que durante las dos horas largas de conversación se entretiene leyendo los delirios del Futurista Marinetti, cree que ha llegado la hora de marcharnos al ver entrar á un criado.

—Señora, la señora duquesa de Uceda pregunta que si podrá V. E. ir á tomar el té mañana á la tarde.

—¡Mañana, mañana á la tarde! (vacila y hace memoria). ¡Ay, sí, no puedo! Tengo sesión doble en mis tribunales de oposiciones.

Carmen de Burgos.

La condesa de Pardo Bazán

Intimidades de una mujer ilustre. – Cómo escribe doña Emilia. – "Dulce sueño", juzgado por su autora. – Doña Emilia, profesora.

Encontré a la ilustre Condesa de Pardo Bazán en su amplio despacho, frente a la gran mesa de trabajo, conversando con dos periodistas, con los cuales acababa de celebrar una ***interview***.

Confieso que por primera vez, en mi vida de periodista, me encontré perpleja. ¿Cómo someter a una dama a las torturas de una nueva interrogación? Escuchaba la voz animada, fresca y simpática de doña Emilia; contemplaba el sobrio decorado del despacho, los muebles severos, los tapices, las vitrinas, llenas de ricas porcelanas y joyas... y, en los grandes lienzos, las encantadoras imágenes juveniles de las hijas de la escritora, poniendo una nota de dulce feminilidad cerca de la mujer de ciencia... La figura de doña Emilia no podía caber, con sus diversos aspectos, en el estrecho marco de un artículo.

Esa mujer superior, de talento positivo, que supo en época hostil a la educación femenina demostrar su valor y su esfuerzo; esa polígrafa ilustre, honra de nuestro sexo, necesitaría un libro voluminoso, hecho por persona que pudiese penetrar bien en su alma. Los datos corrientes de su biografía son harto conocidos para repetirlos de nuevo. ¿Quién no conoce y admira a la Pardo Bazán?

La exquisita amabilidad de la autora de "La vida de San Francisco" vino a sacarme de mi apuro. Doña Emilia conversaba en intimidad, con sencillez, olvidando su personalidad de autora y la mía de periodista, que, aun sin darse cuenta, procura siempre penetrar en lo recóndito, en lo íntimo, en lo personal.

Empezamos a hablar de sus proyectos. La condesa prepara un tomo sobre la literatura francesa, continuación del concienzudo estudio que recientemente publicó. Lo intitulara "La transición" (del romanticismo al naturalismo). Al mismo tiempo, continúa tomando datos y apuntes para la obra histórica en que pretende poner todo su espíritu, su talento y su amor. Doña Emilia ama la hermosa figura de esos aventureros extremeños, conquistadores, que encarnaban el alma potente de la gloriosa España de Carlos V, y cuyo esfuerzo preparó el refugio de la triste España de nuestros días.

Amor de mujer a la fuerza, amor de artista a la epopeya, amor de española a la grandeza caída enardecen el corazón de la escritora para su obra sobre "Hernán Cortés". Hace ocho años que investiga sobre la vida y los hechos del valiente extremeño, que lee y contempla su figura. Fácilmente se comprende como el objeto animado toma relieve, y lo que puede ser éste en un cerebro como el de la señora Pardo Bazán.

Y sin perjuicio de esta obra de amor, que acaricia en su lentitud, la condesa se ocupa en novelas, en otros estudios. Pienso en su activa vida social y su fecundidad me maravilla.

- ¿A qué hora trabaja usted?

- Sólo por la mañana; desde que me levanto a la hora de comer.

- ¿Madruga usted?

- No, soy muy dormilona. Ayer, por ejemplo, estuve en la embajada de Alemania y me acosté a las dos, me he levantado a las once. He trabajado de once a dos. Como tarde. Después, ya no me ocupo más de literatura, excepto si tengo algún encargo de prisa, algún artículo. Escribo en máquina. Mi letra se iba haciendo tan

pequeña, que a mí misma me costaba trabajo entenderla; no veía de relieve mi pensamiento. Al principio, me costó trabajo; pero ahora es como en los tiempos en que tocaba el piano. Cometo muchas faltas; pero como no se exige la pulcritud en las cuartillas, no me importa. Por la tarde, leo; pero no escribo. Creo que el cerebro está preparado para el trabajo por el reposo del sueño, y cuando se ha obtenido su fruto debe dejársele descansar.

– ¿Le gusta la vida de sociedad?

– Mucho; encuentro en ella un ambiente cordial que me distrae. Pero me lleva mucho tiempo. No sé si algún día haré quiebra de dinero. Ya he hecho quiebra de tiempo. Tengo además un vicio – añade sonriendo –. El viejo del tresillo... Me gusta mucho... Al revés que al pobre Costa... No exige esfuerzo mental y se para el rato muy agradable.

– ¿Y los ***sports***?

– Me agradan... Mi gran pasión ha sido montar a caballo. Desde que nació mi hijo Jaime, deje de ser amazona. Ahora apenas paseo. Me recomiendan el aire libre; pero, dígame usted, ¿dónde se puede pasear en Madrid? El verano me desquito, en mi castillo de las Torres o en mis viajes al extranjero... Los quehaceres de la casa me agradan mucho... Dejo a veces los libros y los trabajos para dirigir cualquier operación doméstica, y gozo en ella... Me gusta hasta la cocina... ¿Es raro, verdad, teniendo tanta afición a los libros?

Me sonrío viendo a la ilustre sabia pagar tributo a la herencia que durante tantos siglos nos ha legado nuestro sexo; y observo que nada raro ni extraordinario puedo contar a los lectores de esta mujer tan admirablemente equilibrada. Ni extravagancias a lo Jean Lorrain, ni procacidades a lo Colette, ni nerviosismos y neurastenias

modernistas, ni bohemia alquitarada y perversiones cerebrales. Es una personalidad firme, una afirmación amplia.

- ¿No tiene usted ningún capricho, ningún padecimiento?

Ríe, francamente, adivinando mi pensamiento.

- No; soy completamente sana. Es decir... soy artrítica, eso sí. Duermo y como, generalmente, muy bien; menos de lo que tengo gana, porque gozo de excelente apetito.

- ¿Y el tocador?

Hace un gesto de desdén.

- Me preocupa poco; solo lo necesario para la limpieza y la higiene. Procuro vestirme a la moda. Pero no le doy una importancia excepcional.

- ¿Ha tardado mucho en escribir "Dulces sueños"?

Más de un año; pero no he trabajado seguido. Hacia la mitad, el tipo de la protagonista me inquietaba... No sabía que giro darle... Tuve necesidad de suspender la labor. Esto me sucede frecuentemente en la novela. Se empieza con una idea, y hacia la mitad cambia o se afirma. Es necesario pensarlo.

- La psicología de la protagonista es muy extraña...

- En efecto. Yo no he conocido ninguna mujer que se le parezca. He querido presentar el estudio de un carácter que se desenvuelve sometido a ciertas condiciones de soledad, de desamparo, de injusticia...

- Esta novela se aparta por completo de la manera de hacer de la autora de los "Pazos".

- Es otra cosa; el gusto cambia, las ideas evolucionan; hoy, ya no resistimos aquellas descripciones largas y minuciosas de Zola. Nuestras novelas son más psicológicas, exquisitas, más internas y hasta diré más difíciles de hacer, porque antes bastaba apoderarse de un hecho real; hoy, hay que crearlo. Parecen verdaderos poemas.

- Usted evoluciona con el gusto.

- Naturalmente. ¿Cómo sustraernos al ambiente en que vivimos? ¿Por qué encasillarse en moldes antiguos, sin aceptar la belleza de toda innovación? Este neo-idealismo con base realista, me encanta; y me gusta cambiar de género, escribir cosas distintas; así se descansa más; parece que el espíritu no se fatiga tanto con la variedad de trabajos.

- ¿Y el teatro?

- Me gusta menos... para hacerlo yo... El teatro de los otros me encanta.

- ¿Qué prefiere?

- El drama serio.

- ¿Teatro alemán?

- Si, me gusta mucho Ibsen; y también D'Annunzio en algunas obras.

- Lina, de "Dulce dueño", es algo ibseniana.

Tiene un espíritu complicado, pero a la española, y un alma enferma, ulcerada. Fíjese usted que lo que condiciona a mi heroína son los años de soledad pasados en Alcalá de Henares, la injusticia que se comete con ella queriendo recluirla en un convento por el delito de ser hija natural, para que nunca pueda molestar al hijo

legitimo; que sus padres le niegan el amor; que solo a la casualidad debe el triunfo. Por eso es algo perversa... caprichosa... neurótica.

Sin embargo, maestra, es rara esa repugnancia a la carne y al amor.

- No lo niego; hay algo de desequilibrio; pero, en lo místico del fondo de su pensamiento, se explica su sentir. Está influida por la leyenda de Santa Catalina de Alejandría, su patrona.

- Divina leyenda ha glosado usted; recuerda, en la galanura, a Taix, de Anatolio France, y a veces su ironía, cuando habla el viejo volteriano. Aquella escena de leer la vida de la santa a la protagonista es sublime.

- Es el hombre que narra escuetamente, el volteriano que comenta, y la joven romántica, en cuyo corazón arraiga aquel ensueño de ideal.

- Es maravillosa la aspiración a la belleza. Aquellas frases del primer capítulo: ¿Dónde encontrar esa suprema belleza de la forma, que, según Ploti, no trasciende a la esencia? ¡Oh, belleza! ¡Revélate a mí! ¡Déjame conocerte, adorarte y derretir en tu llama hasta el tuétano de mis huesos!, valen por todo un libro.

- MI protagonista tiene ese mismo anhelo de belleza y de ideal, esa aspiración al martirio. Pero los diferentes medios en que se desarrollan las dos mujeres, las distintas épocas, marcan las diferencias. Hoy no hay mártires de sangre.

- Sí, Lina es un alma sentimental. ¿Quién no ha amado así al novio ideal? ¿Al misterioso héroe wagneriano?

- Pues esta novela – respondió la escritora, velando a la mujer- viene "de fuera". La concebí en un viaje a Alcalá, ante aquel

silencio augusto que la envuelve. "Qué ambiente para una novela de vida interior", me dije, y así nació mi libro. Además, yo amo mucho la figura de Santa Catalina. En las Torres la tengo esculpida en piedra, con su tocado bizantino.

- ¡Como que es la santa más pagana de la cristiandad! – digo, y luego añado.

- Algo fuerte es la escena en que se hace pisotear Lina por la prostituta.

- Está arrepentida de haber pecado, de haber causado una muerte, y busca el martirio por medio de la penitencia. No olvide usted la encarnación que hay en ella de la hija de Costo.

- La maestría de usted al terminar la novela es soberana. No acaba nada. Todos los personales quedan frente a la vida. ¿Qué hará Lina?

- Sin duda, algo grande. La crisis se ha producido ya en su alma; es una redimida, una arrepentida. Se ha salvado.

- En esta novela, cambia usted también su acostumbrado clasicismo de lenguaje. Admite los nuevos giros, las nuevas palabras.

- ¿Por qué no? Las ideas varían; y las palabras, que son su signo, han de variar también.

- Indudablemente.

- Después, la conversación deriva sobre asuntos de actualidad. Viajes de conferencias a América, donde reclaman el concurso de la ilustre escritora. Insensiblemente hablamos del feminismo y de la Instrucción pública.

Descubro un aspecto nuevo en la condesa; el de profesora.

Entusiasta de la cultura de la mujer, partidaria de que se le concedan todos sus derechos y convencida de que éstos han de ser los hombres los que nos han de otorgar, elogia calurosamente el rasgo del insigne Julio Burell, que abrió las puertas de los empleos administrativos y las cátedras, en su ramo, a las mujeres.

- Nada le debo personalmente – dice - ; pero por eso le estaré siempre agradecida.

Y hablamos de la Escuela del Hogar.

- Me gustaría más que se llamase de menage – dice – como en el extranjero.

Recordamos viajes y hablamos de la vasta organización de esta clase escuelas, casi desconocidas en España. Doña Emilia se muestra interesadísima por lo que a la enseñanza se refiere; su alto criterio conoce que de ella ha de venir la salvación del pueblo.

- No estoy bien enterada de estas cosas – dice con modestia encantadora -, quiero aprender. Debo el ser consejero a la generosa iniciativa del conde de Romanones, y hasta que me imponga bien de todo no empezaré mi labor. Lo he tomado con entusiasmo. Soy juez de un tribunal de oposiciones para maestras, y ni falto a él ni a las sesiones del Consejo. Quiero trabajar. No me impulsa la vanidad, sino el deseo de hacer bien.

Entonces yo le hablo de los males de nuestra enseñanza, del continuo tejer y destejer de gobernantes, que no tienen tiempo ni de enterarse de las necesidades, ni de implantar reformas. Le hablo de la labor personal. De los males y la insuficiencia de nuestras escuelas, que por experiencia conozco. La condesa me oye con pena y guarda silencio,

Le pregunto si tiene la gran cruz de Alfonso XII.

- No – me dice – Tengo únicamente la de Puente Sampayo por méritos de mi abuelo, y la de "Pro Ecclesia", pontificia; pero ninguna española por méritos míos.

- Pocos la merecen como usted – le digo con sinceridad.

- Preferiría una cátedra – me contesta con noble franqueza – Los honores no valen lo que el trabajo. Me han prometido una cátedra en la Universidad... La Prensa ha hablado algo de esto.

¿Qué no tiene título? ¡Que absurdo!

Si estos sirven para mostrar suficiencia, más probada la tiene la ilustre escritora que muchas que, después de una oposición, hecha no sabemos cómo, confunden la preposición "cabe" con el verbo, u otras que aseguran imperturbables a las alumnas que "Tetrarquía" significa gobierno de tres. ¡Así va todo!

- Desearía enseñar la materia que conozco – me repite.

Veo que es sincera. ¿Qué puede añadir a su gloria y a su posición la cátedra, que tantos sinsabores nos proporciona? Pienso que tal vez hay de su alma más de lo que ella piensa en "Dulce dueño". Recuerdo los versos de Marquina, cuando habla de "Grana" en "Vendimión".

Hay en ella.

"Una vena

de cándida nazarena,

que está pidiendo prodigios."

Creo que esa vena sangra en toda alma de mujer superior.

No me queda tiempo de investigarlo.

Antonio de Hoyos, que durante las dos horas largas de conversación se entretiene leyendo los delirios del Futurista Marinetti, cree que ha llegado la hora de marcharnos al ver entrar a un criado.

- Señora, la señora duquesa de Uceda pregunta si podrá V. E. ir a tomar el té mañana a la tarde.

- ¡Mañana, mañana a la tarde! (vacila y hace memoria). ¡Ay, si, no puedo! Tengo sesión doble en mis tribunales de oposiciones.

Carmen de Burgos